

SHARPE
A LA CONQUISTA DE FRANCIA

BERNARD CORNWELL

SHARPE
A LA CONQUISTA DE FRANCIA

Puerto de San Juan de Luz, 1814

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Siege*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: septiembre de 2025

© Bernard Cornwell, 1987
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 2000
© de la presente edición: Edhasa, 2000, 2025
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6541-2

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 13919-2025

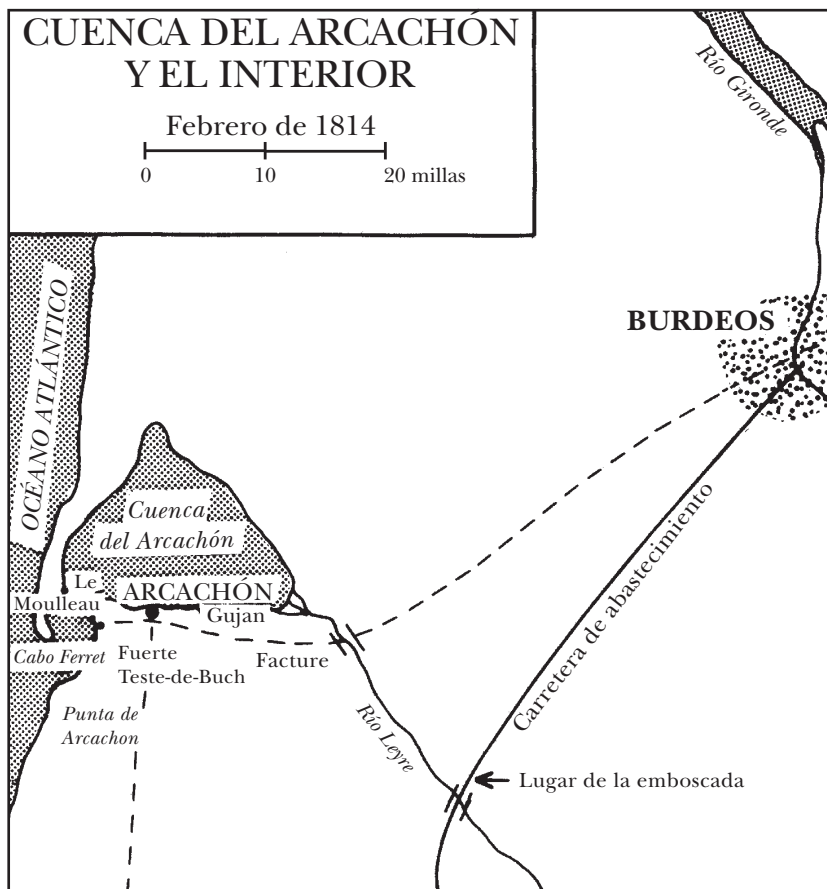
Impreso en España

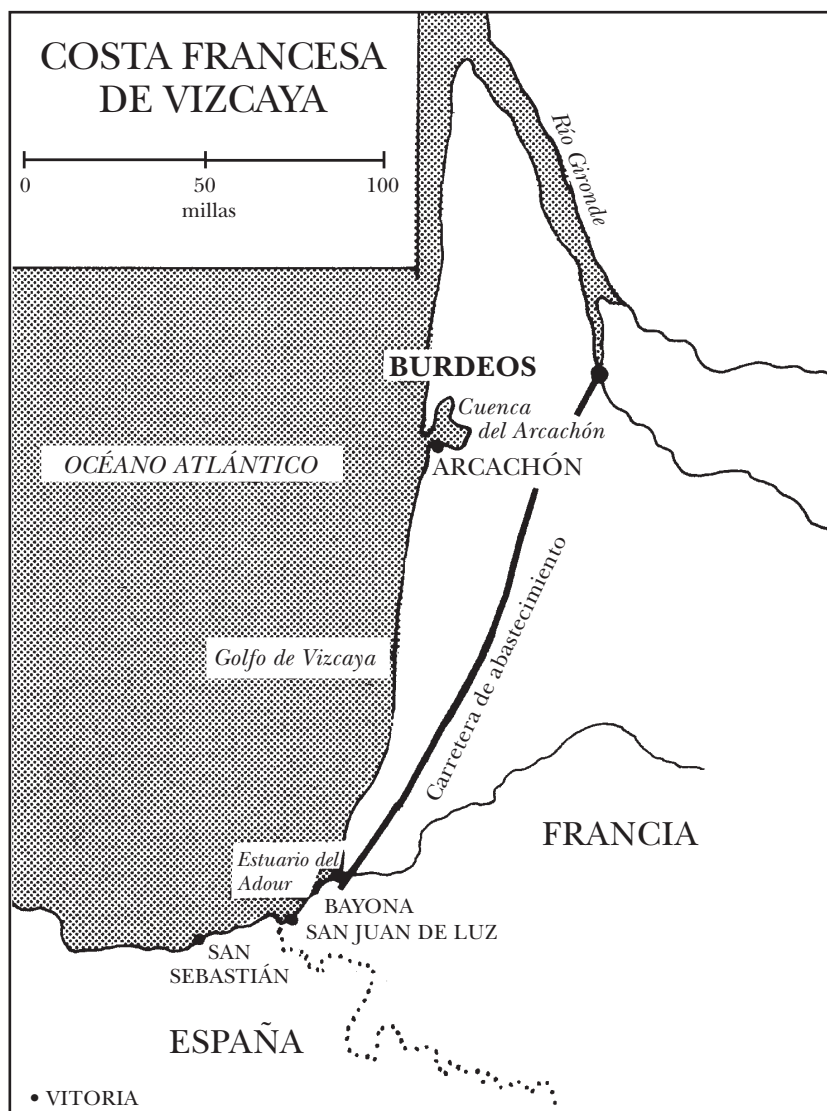
Sharpe a la conquista de Francia está dedicada a Brenym McNight, Terry Farrand, Bryan Thorniley, Diana Colbert, Ray Steele y Stuart Wilkie, con agradecimiento.

CUENCA DEL ARCACHÓN Y EL INTERIOR

Febrero de 1814

0 10 20 millas





CAPÍTULO 1

Faltaban diez días para la Candelaria del año de 1814 y el viento del Atlántico venía cargado de ráfagas de una lluvia fría que azotaba las estrechas callejuelas adoquinadas, caía de los canalones de la maraña de tejados y llenaba de hoyitos el agua del puerto interior de San Juan de Luz. Era un viento invernal, cruel como un sable desnudo, que formaba remolinos con el humo de las chimeneas y lo enredaba con las nubes bajas de enero que envolvían aquel rincón en el sudoeste de Francia ganado en tierra enemiga por el ejército británico.

Un soldado inglés, cuyo caballo estaba cansado y manchado de barro, descendía por una calle adoquinada en San Juan de Luz. Agachó la cabeza al pasar bajo el letrero de madera de una panadería, bordeó con su yegua una carreta de pescado y desmontó en una esquina donde un noray de hierro le proporcionaba un lugar para atar el caballo. Le dio unas palmaditas al animal y luego se cargó las alforjas al hombro. Resultaba evidente que había cabalgado mucho.

Se adentró en un callejón estrecho, en busca de una casa que sólo conocía por su descripción; era una casa con la puerta azul y una hilera de tejas verdes resquebrajadas por encima del dintel. Tiritaba. De la cadera derecha le colgaba una espada larga dentro de una vaina metálica; del hombro derecho, un fusil. Se apartó para dejar pasar a una mujer, vestida de negro y achaparrada, que llevaba una cesta llena de langostas. Ella, agradecida porque este soldado enemigo se hubiera mostra-

do cortés, dio las gracias con una sonrisa, pero luego, cuando se sintió a salvo, se santiguó. El rostro del soldado le había parecido lúgubre y estaba marcado con una cicatriz; era moreno y guapo, pero así y todo parecía el rostro de un criminal. Le rogó a su santo que su hijo no tuviera que enfrentarse en batalla a un hombre como aquél y que en cambio tuviera un empleo seguro y a salvo, en el servicio de aduanas francés.

El soldado, ajeno al efecto que producía su rostro, encontró la puerta azul bajo las tejas verdes. La puerta, a pesar de que el día era frío, estaba entreabierta; la empujó, sin llamar, y se abrió paso hasta la primera estancia. Allí dejó caer la mochila, el fusil y las alforjas sobre una alfombra raída y se quedó mirando el rostro irritado de un cirujano del ejército británico.

–Le conozco –dijo el cirujano, con los puños de la camisa manchados de sangre seca.

–Sharpe, señor, de los Voluntarios del Príncipe...

–Sabía que le conocía –le interrumpió el cirujano–. Le extraje una bala de mosquete después de Fuentes d’Oñoro. Tuve que escarbar para encontrarla, lo recuerdo.

–En efecto, señor.

A Sharpe le costaba olvidarlo. El cirujano estaba medio borracho, maldecía y hurgó en la carne de Sharpe a la luz de una vela que se iba apagando. Ahora ambos hombres se encontraban en la estancia exterior del alojamiento del teniente coronel Michael Hogan.

–No puede entrar ahí. –Las ropas del cirujano estaban empapadas de vinagre profiláctico que llenaba la pequeña habitación con su olor acre–. A menos que quiera morir.

–Pero...

–No es que me importe. –El cirujano enjugó la copa de la sangría en las faldas de su camisa y luego la tiró dentro de su bolsa–. Si quiere coger la fiebre, comandante, entre.

Escupió en el escoplo escarificador, limpió la sangre y se encogió de hombros mientras Sharpe abría la puerta interior.

La habitación de Hogan estaba caldeada por un gran fuego que crepitaba cuando las llamas entraban en contacto con la lluvia que se colaba por la chimenea. Hogan se encontraba en una cama con un montón de mantas encima. Temblaba y sudaba al mismo tiempo. Tenía el rostro grisáceo, su piel parecía resbaladiza por el sudor, tenía los ojos totalmente rojos y murmuraba algo respecto a ser purgado con hisopo.

—Se le va la cabeza —dijo el cirujano detrás de Sharpe—. La fiebre, ya ve. ¿Le conoce?

Sharpe miraba fijamente al enfermo.

—Es un íntimo amigo mío. —Se giró para mirar al cirujano—. He estado en el Nive este último mes, sabía que estaba enfermo, pero... —Se quedó sin palabras.

—Ah. —Parecía que el cirujano se ablandaba algo—. Ojalá pudiera ayudarle, comandante.

—¿Usted no puede?

—Puede durar dos días. Tal vez dure una semana. —El médico se puso la chaqueta que se había quitado antes para abrir una de las venas de Hogan—. Está envuelto en franela roja, se le sangra regularmente y lo alimentamos con pólvora y brandi. No se puede hacer más, comandante, salvo rezar por la gracia de Dios.

La enfermería apestaba a vómito. El calor del enorme fuego había llenado la cara de Sharpe de sudor y había provocado que le saliera vapor de agua de lluvia del uniforme empapado mientras se acercaba al lecho, pero resultaba evidente que Hogan no lo reconocía. El irlandés de mediana edad, que era el jefe de Inteligencia de Wellington, temblaba y sudaba y se sacudía y desvariaba con aquella voz que tan a menudo había divertido a Sharpe por su acertada agudeza.

–Es posible –el cirujano hablaba de mala gana desde la estancia exterior– que el próximo convoy traiga algo de quina.

–¿Quina? –preguntó Sharpe girándose hacia la puerta.

–La corteza de un árbol de Sudamérica, comandante, a veces llamada quinina. Una buena infusión puede hacer milagros. Pero es una sustancia rara, comandante, ¡y tremendamente cara!

Sharpe se acercó más a la cama.

–¿Michael? ¿Michael?

Hogan dijo algo en gaélico. Sus ojos parpadearon al mirar a Sharpe, se cerraron y luego se volvieron a abrir.

–¿Michael?

–Ducos –dijo el enfermo con claridad–, Ducos.

–No sabe lo que dice –dijo el cirujano.

–Sí lo sabe.

Sharpe había oído un nombre, un nombre en francés, el nombre de un enemigo, pero en qué contexto febril y de qué estancia secreta de la mente inteligente de Hogan había brotado tal nombre, eso, Sharpe no lo sabía.

–Me ha enviado el mariscal de campo –dijo el cirujano, que parecía deseoso de explicarse–, pero yo no puedo hacer milagros, comandante. Tan sólo el Todopoderoso puede hacerlos.

–O la quinina.

–De la que hace seis meses que no veo una pizca. –El médico seguía en la puerta–. Debo insistir en que se vaya, comandante. Dios nos libre de un contagio.

–Sí.

Sharpe sabía que no se perdonaría nunca si no le proporcionaba a Hogan algún gesto de amistad, aunque éste fuera inútil, así que se inclinó, tomó la mano del enfermo y le dio un apretón suave.

–*Maquereau* –dijo Hogan con claridad.

—¿Maquereau?

—¡Comandante!

Sharpe atendió a la voz del cirujano.

—¿Le dice algo la palabra *maquereau*?

—Es un pescado. La caballa. También en argot francés quiere decir macarra, comandante. Ya se lo he dicho, se le va la cabeza. —El cirujano cerró la puerta de la enfermería—. Y otro consejo, comandante.

—¿Sí?

—Si quiere que su mujer siga viva, dígale que deje de visitar al coronel Hogan.

Sharpe se detuvo junto a su equipaje empapado.

—¿Jane lo visita?

—Una tal señora Sharpe lo visita cada día —dijo el doctor—, pero yo no sé su nombre. Buenos días tenga usted, comandante.

Era invierno en Francia.

* * *

El suelo era una extensión de madera de boj pulida, las paredes eran colinas de mármol brillante, y el techo, un amasijo de recargada yesería y pintura. En el mismísimo centro del suelo, bajo la araña de luces oscura y llena de incrustaciones y empequeñecida por las enormes proporciones de la amplia estancia, había una mesa de malaquita. Seis velas, cuya luz era demasiado débil para llegar hasta las esquinas de la gran sala, iluminaban unos mapas desparramados sobre la mesa de piedra verde.

Un hombre se dirigió desde la mesa hacia un fuego que ardía en un hogar excesivamente labrado. Se quedó mirando las llamas y, cuando finalmente habló, las paredes de mármol hicieron que su voz pareciera hueca de desesperación.

—No hay reservas.

—La media brigada de Calvet...

—Tiene órdenes de dirigirse al sur sin demora. —El hombre apartó la vista del fuego y miró hacia la mesa, donde el brillo de las velas iluminaba dos caras pálidas por encima de unos uniformes oscuros—. El emperador no se lo tomará bien si nosotros...

—El emperador —el hombre más menudo que estaba junto a la mesa interrumpió con una voz sorprendentemente dura— recompensa el éxito.

La lluvia de enero repiqueteaba contra las grandes ventanas que daban al este. Las cortinas de terciopelo de esta habitación habían sido arrancadas hacía veintiún años, como trofeos de una muchedumbre revolucionaria que había recorrido triunfante las calles de Burdeos, y no había vuelto a haber ni el dinero ni las ganas de colgar unas cortinas nuevas. En consecuencia, en inviernos como éste, había una corriente de aire de fuerza malévola. El fuego apenas calentaba el hogar, menos aún la totalidad de la enorme estancia, y el general, que permanecía ante las débiles llamas, temblaba.

—Este o norte.

Era un problema bien simple. Los británicos habían invadido un pequeño rincón en el sur de Francia, no más que una puntita entre los ríos del sur y el golfo de Vizcaya, y estos hombres contaban con que los británicos volvieran a atacar. Pero ¿hacia dónde iría lord Wellington? ¿Hacia el este o hacia el norte?

—Sabemos que es hacia el norte —dijo el hombre menudo—. Y, si no, ¿por qué están reuniendo naves?

—En tal caso, mi querido Ducos —preguntó el general, retrocediendo hacia la mesa—, ¿va a ser un puente o un desembarco?

El tercer hombre, un coronel, tiró un cigarro al suelo y lo aplastó con el pie.

—Tal vez el americano pueda decírnoslo.

—El americano —dijo Pierre Ducos con mordacidad— es como una mosca en el trasero de un león. Un aventurero. Yo lo utilizo porque ningún francés puede hacer ese trabajo, pero espero poca ayuda por su parte.

—¿Entonces quién puede decírnoslo? —El general penetró en la aureola de luz que producían las velas—. ¿No es eso trabajo suyo, Ducos?

Al comandante Pierre Ducos, dada su categoría, le resultaba raro verse desafiado así, sin embargo, Francia era atacada y Ducos se sentía casi impotente. Cuando, con el resto del ejército francés, había sido expulsado de España, Ducos había perdido a sus mejores agentes. Ahora, al adentrarse en la mente de su enemigo, Ducos tan sólo veía niebla.

—Hay un hombre —dijo en voz baja.

—¿Y bien?

Los gruesos anteojos redondos de Ducos reflejaron la luz de las velas cuando fijó la mirada en el mapa. Debería enviar un mensaje atravesando las líneas enemigas, y se arriesgaba a perder a su último agente con uniforme británico, pero tal vez el riesgo estaba justificado si le proporcionaba las noticias que necesitaban con tanta desesperación. ¿Este, norte, un puente o un desembarco? Pierre Ducos asintió con la cabeza.

—Lo intentaré.

Por ese motivo, tres días después, un teniente francés atravesó cautelosamente un puente de tablas helado que cruzaba un afluente del Nive. Gritó con entusiasmo para advertir a los centinelas enemigos que se aproximaba.

Dos casacas rojas británicas, con los rostros envueltos en harapos para protegerse del frío glacial, requirieron a su

oficial. El teniente francés, al ver que estaba a salvo, sonrió burlonamente al piquete.

—Frío, ¿eh?

—Frío maldito.

—Para vosotros.

El teniente francés entregó a los casacas rojas un bulto envuelto en trapos que contenía una barra de pan y una tira de salchichas, el comportamiento usual en tales ocasiones, luego saludó a su homólogo británico con alegría familiaridad.

—He comprado el calicó para el capitán Salmon.

El francés desabrochó su mochila.

—Pero no encuentro seda roja en Bayona. ¿Puede esperar la mujer del coronel?

—Tendrá que esperar. —El teniente británico pagó con plata el calicó y añadió un cartón de tabaco negro como recompensa para el francés—. ¿Puede comprar café?

—Hay en abundancia. Una goleta americana burló el bloqueo. —El francés abrió el cartón—. También tengo tres cartas.

Como era usual, las cartas no estaban selladas, era señal de que se podían leer. Unos cuantos oficiales del ejército británico tenían conocidos, amigos o familiares en las filas enemigas y los piquetes contrarios siempre habían actuado como servicio postal no oficial entre los ejércitos. El francés rechazó un tazón de té británico y prometió traer un saco de café de cuatro libras, comprado en el mercado de Bayona, el día siguiente.

—Eso si todavía estáis aquí mañana.

—Estaremos aquí.

Y así, de una manera que resultaba totalmente normal y por encima de cualquier sospecha, el mensaje de Pierre Ducos fue entregado a salvo.

—¿Por qué no he de volver a visitar a Michael? Es sumamente decente. Después de todo, nadie supondrá que se puede tener un comportamiento inapropiado con un enfermo.

Sharpe ni se enteró de la ironía de Jane.

—No quiero que cojas la fiebre. Entrégale la comida a su criado.

—He visitado a Michael cada día —dijo Jane—, y estoy estupidamente. Además, tú has ido a verlo.

—Imaginaba que mi constitución era más fuerte que la tuya.

—Ciertamente, es más fea.

—Insisto —dijo Sharpe con pesada dignidad— en que evites el contagio.

—Tengo toda la intención de evitarlo. —Jane estaba sentada e inmóvil mientras su nueva sirvienta francesa le iba colocando peinetas en el pelo—. Pero Michael es amigo nuestro y no quiero que se sienta olvidado. —Hizo una pausa, como para dejar que su marido rebatiera su argumentación, pero Sharpe estaba aprendiendo con rapidez que, en la gran escaramuza que es el matrimonio, la felicidad se compraba con frecuentes retiradas. Jane sonrió.

—Y si resisto este tiempo, es que soy tan fuerte como cualquier fusilero.

El viento marino, que aullaba procedente de Vizcaya, hacía crujir las bisagras de su alojamiento. Del otro lado de los tejados, Sharpe veía la espesura de mástiles y palos de las naves que atiborraban el puerto interior. Uno de esos barcos había traído los uniformes nuevos que se estaban suministrando a sus hombres.

Se habían hecho esperar. A los Veteranos del South Essex, que ahora Sharpe tenía que llamar los Voluntarios del

Príncipe de Gales, hacía tres años que no les suministraban uniformes nuevos. Tenían las casacas hechas jirones, descoloridas y remendadas, pero, ahora, aquellas chaquetas viejas, que habían luchado a través de España, se veían reemplazadas por tela nueva y brillante. Algún batallón francés, al ver los gabanes nuevos, pensaría que pertenecían a una unidad recién llegada que no conocía la sangre y sin duda pagarían caro su error.

Las órdenes para el reequipamiento le habían proporcionado a Sharpe la ocasión de estar con su joven mujer, al tiempo que había dado la oportunidad a todos los hombres casados del batallón de estar con las suyas. El batallón se había apostado en los márgenes del río Nive, cerca de las patrullas francesas, y Sharpe había ordenado que las mujeres se quedaran en San Juan de Luz. Estos pocos días resultaban preciados para Sharpe, eran días que había arrancado a la línea dura y helada del río, días para estar con Jane, y días que tan sólo estropeaba la enfermedad que amenazaba la vida de Hogan.

—Le llevo comida del club —dijo Jane.

—¿Del club?

—Donde comemos, Richard. —Se giró de espaldas al espejo con la expresión de una mujer satisfecha de su propia imagen—. Tu chaqueta buena, creo.

En cada ciudad que ocupaban los británicos, y en la que pasaban unos cuantos días, uno de los edificios se convertía en un club de oficiales. El edificio no se elegía nunca oficialmente, ni se designaba como tal, pero, por algún extraño proceso y a los dos días de la llegada del ejército, se acordaba de forma general que una casa fuera el lugar donde los caballeros elegantes se pudieran retirar a leer los diarios de Londres, beber vino caliente con especias ante un fuego bien cuidado, o echar unas manos de *whist* durante

la velada. En San Juan de Luz, la casa elegida daba al puerto externo.

El comandante Richard Sharpe, nacido en un vulgar orfanato y que había ascendido desde la escoria de la tropa del ejército británico, nunca había hecho uso anteriormente de tales clubs temporales de caballeros, pero a las esposas jóvenes y bellas hay que darles caprichos.

—No suponía —le dijo tristemente a Jane mientras se iba abrochando la nueva casaca verde— que se permitía la entrada a mujeres en los clubs de caballeros.

—Aquí, sí —dijo Jane—, y van a servir pastel de ostras para el almuerzo.

Esto zanjó la cuestión. El comandante Richard Sharpe y señora comerían fuera, y el comandante Sharpe tenía que ponerse el uniforme incómodo y tieso que se había comprado en Londres para una recepción real y que odiaba. Pensó, mientras subía por las amplias escaleras del club de oficiales con Jane del brazo, que era muy sabio el viejo consejo de que un oficial no tenía que llevarse nunca a una mujer de buena familia a una mala guerra.

Sin embargo, el enfado se le pasó en cuanto penetró en el comedor lleno de gente. Se llenó de aquel orgullo que siempre sentía cuando llevaba a Jane a un lugar público. Ella era, sin duda alguna, bellísima, y su belleza iba acompañada por una vivacidad que le otorgaba carácter a su rostro. Se había fugado para casarse con él hacía unos meses; había huido de la casa de su tío en las grises marismas de Essex para venirse a la guerra. Provocaba miradas de admiración de los hombres de todas las mesas, mientras que las esposas de otros oficiales, que soportaban los inconvenientes de hacer una campaña por amor, miraban con envidia la belleza tranquila de Jane. Algunas, también, le envidiaban al hombre alto, de cabello negro y con una cicatriz ceñuda, que pa-

recía encontrarse tan incómodo entre el lujo y las comodidades indulgentes del club. El nombre de Sharpe se susurraba de una mesa a otra; el nombre del hombre que había capturado un estandarte del enemigo, que había atravesado una de las atroces brechas de Badajoz y que, eso se rumoreaba, se había hecho rico con el botín manchado de sangre de Vitoria.

Un mayordomo con guantes blancos abandonó una mesa de oficiales superiores para apresurarse a ir junto a Jane.

—El capitán quería sentarse aquí, señora —el mayordomo estaba cepillando innecesariamente el asiento de una silla cercana a una de las amplias ventanas—, pero le he dicho que estaba guardada para alguien especial.

Jane sonrió al mayordomo de una manera que hubiera esclavizado a un misógino.

—Muy amable por su parte, Smithers.

—Es aquel de allí —dijo Smithers señalando con la cabeza despectivamente hacia una mesa junto al fuego, donde dos oficiales navales estaban sentados al calor pero incómodos.

El oficial más joven era un teniente, mientras que una de las dos charreteras del otro hombre era brillante y nueva, y denotaba un ascenso reciente al rango de capitán.

Smithers volvió a mirar a Jane con devoción.

—He reservado una o dos botellas de ese clarete que le gusta.

Sharpe, a quien el mayordomo no había hecho caso, dio su opinión respecto al vino con la esperanza de no equivocarse. El pastel de ostras estaba realmente bueno. Jane dijo que llevaría un trozo al alojamiento de Hogan esa misma tarde y Sharpe volvió a insistir en que ella en realidad no debería entrar en la habitación del enfermo y percibió un atisbo

de enojo en el rostro de Jane. Pero su irritación no venía causada por las palabras de Sharpe, sino por la repentina proximidad del capitán de marina que, con grosería, se había situado justo detrás de la silla de su esposo, en un lugar desde donde podía oír la conversación entre el comandante y la señora Sharpe.

El oficial de marina, sin embargo, no había venido a escuchar indiscretamente, sino a observar a través de la ventana salpicada de lluvia. Su interés estaba en una pequeña flotilla de barcos que había surgido alrededor de la punta del norte. Las barcas eran pequeñas y rechonchas, ninguna hacía más de cincuenta pies de largo, pero cada una tenía una gran fuerza de vela que conducía al grupo de botes con velocidad hacia la entrada del puerto. Iban escoltados por un bergantín que, al no haber enemigos, tenía las cañoneras cerradas.

—Son quechemarines —dijo Jane a su marido.

—¿Quechemarines?

—Lugres costeros, Richard. Llevan cuarenta toneladas de carga cada uno. —Sonrió, contenta por su exhibición de conocimientos—. Te olvidas de que yo crecí en la costa. Los contrabandistas de Dunkirk usaban este tipo de barco. La marina —Jane lo dijo lo bastante alto para que el capitán intruso lo oyera— nunca los cogía.

Pero el capitán de marina no estaba pendiente de las palabras de la señora Sharpe. Observaba la flota dispersa de quechemarines que, surgiendo de una ráfaga de lluvia, parecía ir a la deriva de lado para evitar un banco de arena que quedaba marcado por una línea quebrada de sucia espuma.

—¡Ford! ¡Ford!

El teniente se enjugó los labios con una servilleta, echó un trago de vino, y luego se apresuró junto a su capitán.

—¿Señor?

El capitán extrajo un pequeño catalejo del bolsillo del gabán.

—Hay algo interesante allí, Ford. ¡Enfóquelo!

Sharpe se preguntaba por qué motivo los oficiales de marina estaban tan interesados en la embarcación costera francesa, pero Jane dijo que la marina llevaba días reuniendo a los quechemarines. Ella había oído que los barcos, con su tripulación francesa, se estaban alquilando con moneda inglesa, pero nadie sabía explicar con qué propósito.

La pequeña flota estaba ya a un cuarto de milla del puerto, y, para facilitar su entrada en la rada abarrotada, cada barco iba bajando su gavia. El bergantín se había puesto al pairo, con las velas temblando, pero uno de los barcos de cabotaje franceses, mayor que el resto de sus compañeros, todavía tenía las cinco velas desplegadas. El agua rompía blanca en la proa y resbalaba con una espuma grisácea y burbujeante por el casco, que era más elegante que el de las otras naves más pequeñas.

—Se cree que es una regata, señor —dijo el teniente con alegre vacuidad por encima del hombro de Sharpe.

—Una embarcación hábil —dijo el capitán de mala gana—. Demasiado buena para el ejército. Creo que deberíamos contar con ella para nuestros efectivos.

—Así es, señor.

El lugre mayor y más rápido se había separado del grupo. Sus velas eran de un color grisáceo sucio, el color del cielo en invierno, y su casco poco profundo estaba pintado de un negro mortecino como la brea. La cubierta corrida, como todas las cubiertas de los quechemarines, era una curvatura abierta por tres mástiles y la caña del timón, junto a la que había dos hombres. El aparejo estaba amontonado con gran desorden sobre la tablazón de cubierta.

El bergantín, al ver que el gran lugre avanzaba deprisa, soltó una cuerda con banderas de vivos colores. El capitán gruñó.

—¡Los franchutes de mierda no van a entender esto!

Sharpe, ofendido por la proximidad no deseada del capitán de marina, había estado buscando un motivo de discusión y ahora que el capitán había soltado una palabrota ante Jane, lo había encontrado. Se levantó.

—Señor.

El capitán de marina, con lentitud deliberada, miró con sus ojos claros de un verde brillante al comandante del ejército. El capitán era joven, rechoncho y estaba seguro de que tenía más graduación que Sharpe.

Se quedaron ambos mirándose a los ojos y Sharpe sintió repentinamente la certeza de que iba a odiar a aquel hombre. No había razón para ello, ni justificación, sencillamente era una aversión física ante aquel rostro privilegiado y regocijado que parecía tan lleno de desprecio hacia el fusilero de cabellos negros.

—¿Y bien? —inquirió el capitán con una voz que delataba una alegre anticipación ante la discusión inminente.

Jane desactivó la confrontación.

—Mi marido, capitán, es sensible al lenguaje de los combatientes.

El capitán, sin saber si eso era un cumplido o una burla, optó por aceptar las palabras como un tributo a su arrogancia. Echó una mirada a Sharpe, de la cara del fusilero a la nueva tela no descolorida de su chaqueta verde. Un uniforme tan nuevo evidentemente daba a entender que Sharpe, a pesar de la cicatriz en el rostro, era novato en la guerra. El capitán sonrió altanero.

—Sin duda, comandante, su delicadeza se verá herida por las balas francesas.

Jane, encantada ante la oportunidad, sonrió muy dulcemente.

–Estoy segura de que el comandante Sharpe le agradecerá su opinión, señor.

Esto provocó una reacción satisfactoria; un estremecimiento de sorpresa y miedo apareció en la cara rechoncha y enfada del joven oficial de marina. Entonces involuntariamente dio un paso hacia atrás; luego, recordando la causa que casi provoca una pelea, se inclinó ante Jane.

–Mis disculpas, señora Sharpe, si la he ofendido.

–No me ha ofendido, ¿capitán...? –añadió Jane con tono interrogativo.

El capitán volvió a inclinarse.

–Bampfylde, señora. Capitán Horace Bampfylde. Y permítame que le presente al teniente Ford.

Las presentaciones se llevaron a cabo con gentileza, en señal de paz, y Sharpe, desbordado por tan efusiva cortesía, se sentó.

–Ese hombre no tiene ninguna educación –gruñó en voz alta para que pudieran oírlo los dos oficiales de marina.

–Tal vez no haya sacado tanto provecho de la vida como tú –sugirió Jane dulcemente, pero de nuevo la escena que tenía lugar del otro lado de la ventana distrajo a los marinos de los comentarios incisivos.

–¡Cristo! –exclamó el capitán Bampfylde, sin tener en cuenta que corría el riesgo de ofender a una docena de damas en el comedor.

La rabia enorme que denotaba su voz produjo un silencio inmediato e hizo que la atención de todos los que estaban en la sala se fijara en el pequeño e impertinente drama que se estaba desarrollando en el frío mar invernal.

El lugre de casco negro, en lugar de obedecer la orden del bergantín de arriar las velas y adentrarse dócilmente en

el puerto de San Juan de Luz, había cambiado de rumbo. Había estado navegando en dirección sur, pero ahora iba hacia el oeste para cortar el contraataque del bergantín. Incluso Sharpe, que no era marino, veía que el aparejo de velas áuricas del quechemarín convertía la barca en una nave hábil y rápida.

No era el cambio de rumbo lo que había provocado la sorpresa de Bampfylde, sino que de la cubierta del lugre de casco negro habían surgido de repente hombres convertidos en guerreros, y que, del palo mesana, se había desplegado una bandera.

La bandera no era el pabellón azul de la marina de guerra, ni la tricolor de Francia, ni siquiera la bandera blanca de la monarquía francesa en el exilio. Eran los colores del último enemigo de Gran Bretaña; las barras y estrellas de los Estados Unidos de América.

—¡Un americano! —dijo una voz con indignación.

—¡Dispara, hombre! —rugió la orden de Bampfylde en los confines del comedor como si el patrón del bergantín pudiera oírle.

Sin embargo, el bergantín, con la proa al viento, estaba indefenso. Unos hombres corrían en cubierta y levantaban cañoneras, pero el lugre americano pasaba por delante de la bovedilla sin armas del bergantín, y Sharpe percibió el humo de un cañón, como una flor de color blanco sucio, cuando una andanada, lanzada a la distancia de un tiro de pistola, cayó dentro del barco británico.

El teniente Ford gruñó. David se enfrentaba a Goliat y vencía.

El sonido del cañonazo americano surcó el mar encrespado como el rugido de un trueno, entonces el lugre empezó a dar vueltas, con las velas rizadas, mientras el patrón americano dejaba que su velocidad lo impulsara contra el viento,

hasta que, tensando en la bordada opuesta, volvió a pasar por delante de la bovedilla del bergantín en dirección a la flota de quechemarines.

El bergantín, cuyos trinquetes finalmente se hincharon con el viento, levantaron el casco y lo hicieron girar, recibió una segunda andanada de burla. El americano llevaba cinco cañones en cada flanco, cañones pequeños, pero su disparo perforó la madera de cedro de las Bermudas del bergantín y sembró la muerte en la cubierta abarrotada.

Dos de los cañones del bergantín lanzaron su humo contra el viento frío, pero el americano había calculado bien y el bergantín no se atrevió a disparar más por temor a dar a los quechemarines, entre los cuales, como un lobo en medio de un rebaño, navegaba el americano.

Los barcos de cabotaje alquilados no iban armados. Cada barca, que se impulsaba con el mar y con las velas deshilachadas, tenía una dotación de cuatro hombres que no esperaban, bajo la protección de la armada de su enemigo, enfrentarse a los disparos de un aliado.

Las tripulaciones de civiles franceses saltaron a las aguas frías cuando los americanos, utilizando los cañones con una eficacia que Sharpe no podía menos que admirar si bien no podía aplaudir, introducían una bala tras otra en los cascos de los lugres. Los cañoneros apuntaban bajo, con la intención de destrozarse, hundir e infundir pánico.

Los barcos colisionaban entre ellos. El palo mayor de un quechemarín, con los obenques cortados, se hizo astillas contra el agua en una maraña de cables embreados y vergas caídas. Una barca se precipitó en el mar revuelto, otra, con el timón arrancado por un disparo, se giró de costado y recibió el golpe mutilador de la proa de otra en su borda.

—¡Fuego! —volvió a rugir el capitán Bampfylde, pero esta vez no como si fuera una orden, sino en señal de alarma.

Se veían llamas en una barca francesa, luego en otra, y Sharpe adivinó que los americanos usaban granadas como proyectiles. Con el aparejo encendido como si fuera una mecha llameante, dos barcas más colisionaron, se enredaron y las llamas de ambos se juntaron. Entonces una milagrosa ráfaga de lluvia barrió el golfo de Vizcaya y ayudó a apagar las llamas y al mismo tiempo permitió que el barco americano se ocultara.

—No van a cogerlo —dijo el teniente Ford con indignación.

—¡Maldito sea! —dijo Bampfylde.

El americano se había esfumado. Podía navegar más rápido que sus perseguidores de aparejo cuadro, y así lo hizo. Lo último que vio Sharpe del barco con el casco negro fueron sus velas vacilantes en medio de la turbonada gris y el destello brillante de su llamativa bandera.

—¡Ése es Killick! —exclamó el capitán de marina con una furia que acrecentaba la impotencia—. ¡Apuesto a que es Killick!

Los espectadores, horrorizados por lo que habían visto, contemplaban el caos en la entrada al puerto. Dos lugres se estaban hundiendo, tres estaban en llamas y otros cuatro estaban caóticamente enredados. De los diez barcos restantes no menos de la mitad habían encallado en el banco del puerto y se veían empujados de modo inexorable hacia dentro por la fuerza de la marea que fluía guiada por el viento. Un americano maldito, en un barco de berberecho, había bailado haciendo círculos arrogantes alrededor de la marina de guerra británica y, lo que era peor, lo había hecho ante los ojos del ejército.

El capitán Horace Bampfylde plegó el catalejo y lo dejó caer en el bolsillo. Miró a Sharpe.

—¡Apúntese bien esto! —dijo el capitán—. ¡Apúnteselo bien! Lo buscaré a usted para darle un justo castigo.

—¿A mí? —respondió Sharpe, sorprendido.

Pero no hubo respuesta, pues los dos oficiales de marina se habían alejado dejando a Sharpe preocupado ante una maraña de restos quemados que cabeceaban sobre la superficie gris del mar y flotaban hacia tierra, donde un ejército, en un margen del río de un país enemigo, se concentraba para llevar a cabo el siguiente avance. Aunque nadie sabía en Francia, todavía, si iba a ser hacia el norte o hacia el este, si atravesando un puente o en barco.